



Adiós a don Luis Alberto

EDGAR ESPINOZA

No puedo dejar ir a don Luis Alberto Monge de la Presidencia sin decirle alguna cosa.

Si dije tantas de él siempre que protagonizó alguna anécdota picante, o cuando no estuve de acuerdo con una decisión suya, o cada vez que se fue o vino de viaje, con mucho más razón debo hacerlo ahora que se va definitivamente del Gobierno.

Con mucho más razón porque su retiro es el acto administrativo que en una u otra forma más nos concierne a todos, pues no hay ninguno de nosotros, ni siquiera aquel que le bolseó la billetera, que no esté afectivamente comprometido con él y su trayectoria como gobernante.

Don Luis Alberto advino al poder en un momento histórico y decisivo para los costarricenses, pero sobre todo providencial, no tanto porque estuviéramos urgidos de puentes y alcantarillas, como desesperados porque nos devolvieran el alma al cuerpo, tras los cuatro frustrantes años de la anterior administración.

Durante su período, la economía se pudo haber enderezado y la crisis social paliado, pero lo que más importaba desde el comienzo de su jefatura, era que los costarricenses recobráramos la fe en los gobernantes, porque de eso dependía el resto.

Para conseguirlo, no era mucho lo que pedíamos. Bastaba apenas alguien sin delirios de grandeza, sin arrebatos de poder y sin tanta aparatosidad retórica y facial. Nos era suficiente alguien con sentido del respeto, de las proporciones y del humor, que nos diera el hálito necesario para emprender la reconstrucción del país.

A don Luis Alberto Monge solamente le bastó ese soplo patriarcal con que Dios lo dotó, para echarse al pueblo entero en el bolsillo, sin peligro de que nadie se lo robara.

El se mostró a la gente tal cual es, sencillo, llano, sin arrogancias. Disfrutó igual de las cortes europeas como de la playa de Tivives, en cuyas arenas recientemente fue sorprendido en íntima confesión con el mar, desgranando su suerte.

Personalmente tengo que agradecerle la obra "Cómo terminan las democracias" que me obsequió hace un tiempo. Su autor J. P. Revel debería agregar un capítulo para decir que en 1986, en medio de la turbulencia geopolítica de la región y del mundo, nuestra democracia más bien salió fortalecida.

Lo que ahora debería hacer don Luis Alberto es escribir una que se llame "Cómo terminan las presidencias", para que con una visión más reposada de las cosas nos deleite con sus memorias y, de paso, nos descorra el misterio de su billetera robada.

Me alegra saber que se va sin odios ni rencores con nadie, y espero que me incluya entre los afortunados, porque después de todo, la gran pelea fue por Costa Rica, aunque desde sillas distintas.